

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
© 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
© 1.25 cada semana.

Nº.
813

SANTORAL

Dom. 17 Santos Faustino, Alejo, Donato, Secundino y Romualdo mártires.
Lun. 18 Santos Máximo, Claudio, Lucio, Silvano y Máximo mártires.
Mart. 19 Santos Gabino, Publio, Julián y Marcelo mártires.
Miérc. 20 San Eleuterio obispo y los mártires Potamio y Nemesio.

Juev. 21 San Severiano obispo y los mártires Vérulo, Secundino y Saturnino.
Viern. 22 San Pedro Damiano, Pascasio y Máximo obispos.
Sáb. 23 Santa Marta virgen, Lázaro monje y Policarpo mártir.

LUNA LLENA a las 8.25 a. m.

Domingo II después de la Epifanía

Evangelio según San Juan—Cap. II, vs. 1-11

En aquel tiempo: Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, donde se hallaba la Madre de Jesús. Fué también convidado a las bodas Jesús con sus discípulos. Y como viniese a faltar el vino, dijo a Jesús su Madre: No tienen vino. Respondióle Jesús: Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti? Aún no es llegada mi hora. Dijo entonces su Madre a los sirvientes: Haced lo que él os dirá. Estaban allí seis hidrias de piedra, destinadas para las purificaciones de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres metretas. Díjoles Jesús: Llenad de agua aquellas hidrias. Y llenáronlas hasta arriba. Díceles después Jesús: Sacad ahora en algún vaso, y llevadlo al maestresala. Hiciéronlo así. Apenas probó el maestresala el agua convertida en vino, como él no sabía de dónde era (bien que lo sabían los sirvientes que la habían sacado), llamó al esposo, y le dijo: Todos sirven al principio el vino mejor; y cuando los convidados han bebido ya a satisfacción, sacan el más flojo; tú, al contrario, has reservado el buen vino para lo último. Así en Caná de Galilea hizo Jesús el primero de sus milagros, con que manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él.

Aplicación moral

Recordemos, de paso, las virtudes que ejercita y muestra la Virgen en su piadosa intercesión. La primera es su bondad en interponer su valimiento en favor de aquellos pobres esposos. A su bondad corresponden su discreción y delicadeza en proponer a su Hijo la necesidad de los esposos: «No tienen vino»; su humilde silencio ante la aparente repulsa de Jesús; su heroica confianza en no desmayar ni desistir en su demanda; su modestia en retirarse luego que interviene Jesús. Hermosos ejemplos, por los cuales su piadosa intercesión puede ser a nosotros no menos útil que a aquellos buenos galileos.

Subiendo de aquí a más altas consideraciones en este hecho descubrimos dos aspectos importantísimos de la persona y dignidad de la Santísima Virgen: su maternidad natural y su asociación a la obra redentora de Cristo.

La maternidad natural, no precisamente en lo que tiene de físico y real, sino en las relaciones comunes que según la apreciación vulgar establece entre la Madre y el Hijo, es aquí como desconocida por Jesús. «Mujer, dice a su Madre, ¿qué tienes en eso que ver conmigo? Déjame hacer, a mi cuenta corre, ya pienso yo en ello». De dónde esta sequedad de Cristo con su Madre, poco antes precisa-

mente de acceder a sus ruegos? Es que el Salvador quería dejar bien asentado que su oficio de Mesías nada tenía que ver con la carne y la sangre, sino que dependía únicamente de su Padre Celestial. Quería el divino Maestro dar ejemplo en sí mismo de lo que tan encarecidamente había de recomendar a sus discípulos: de desconocer enteramente en su ministerio apostólico todas las relaciones meramente naturales, atentos únicamente al fin sobrenatural de su divina vocación.

Las bodas de Caná, santificadas con la presencia de Cristo y de su Madre, son un símbolo de otras bodas más divinas: las de Cristo con su Iglesia. En estos místicos desposorios y en el celeste banquete con que se celebran hay también como en Caná una conversión maravillosa, no de agua en vino, sino de vino terreno en vino celestial. Tal es la significación simbólica del primer milagro de Cristo, tales las miras ulteriores y amorosas con que lo obró. Mientras los esposos se gozaban del oportuno regalo con que Jesús les obsequiaba, mientras los convidados saboreaban aquel delicioso vino de postre, mientras los sirvientes, atónitos todavía, explicaban a todos la maravilla obrada por Jesús, él, entre inefables júbilos de su Corazón, dirigía el pensamiento a tres años más tarde, y contem-

plaba a sus discípulos embriagarse místicamente con otro vino más regalado, con la sangre misma que horas después iba a derramar por la salud del mundo. Y dejó ir su pensamiento más allá todavía, y vió a los fieles de todos siglos acudir presurosos al convite que él les preparaba para beber el vino con que él les brindaba. Y pensó entonces en nosotros, pensó en mí... Y tuvo a gran dicha darme a beber su divina sangre.

Otro fruto de la intercesión de María: dar ocasión a que Jesús, convirtiendo el agua en vino, preludiese y anunciase la Eucaristía. Valgámonos nosotros de esta amorosísima intercesión para gozar plenamente del vino eucarístico anunciado en las bodas de Caná.

MORALICEMOS LA PRENSA

ACCIÓN DEMOLEDORA DE LA MALA PRENSA

Estudiado serenamente este punto, significa, en términos generales, la autonomía de la razón, la prerrogativa de no recibir ley de nadie; lo cual envuelve una evidente contradicción, pues siendo el derecho un poder racional y moral, no es verdadero derecho si no se apoya sobre la verdad y la moralidad; ahora bien: sabemos que la razón humana, en cuanto finita, puede equivocarse, y por tanto alejar a la voluntad del bien; luego el derecho ilimitado a la libertad del pensamiento y de conciencia sería el derecho a la verdad y al error, a la moralidad y a la inmoralidad. Francamente: una doctrina tan contraria a la naturaleza humana, cuyos derechos se hallan todos substancialmente fundados sobre la verdad y la moralidad, júzguese si será sostenible y aceptable en manera alguna.

Harto sabemos que la libertad ilimitada de imprenta se invoca para proceder impunemente contra todas las leyes de justicia personal y social, contra el sentido de caridad, contra la moral, contra el dogma religioso y contra la misma autoridad humana. No es la falta de razón lo que principalmente les preocupa; es el poder coercitivo, es la autoridad que justamente cohibe y no les deja destruir lo existente; temen la sanción de la ley, no la contradicción en las ideas ni la falsedad en sus interpretaciones. Tal es el espíritu de la prensa separada de la religión católica, presentada en sus formas más funestas y frecuentes.

La mala prensa que defiende la causa de la irreligión y de la inmoralidad, llena cumplidamente la misión de que está encargada: su objeto es destruir, y destruye. Pero esa arma tan poderosa no debe quedar exclusivamente en sus manos: al frente de la prensa revolucionaria e inmoral debe trabajar la prensa reparadora, la que sostiene los grandes principios tutelares de la sociedad y de la civilización: la religión, la moral, el poder, la autoridad, la familia, la propiedad. Es menester quitar alientos a la impiedad haciendo el vacío a su prensa. «Cuando los escritores se encuentran solos, dice Balmes, cuando notan que sus doctrinas no hallan apoyo ni simpatía, natural es que se desanimen; y no es extraño que después de haberse esforzado inútilmente durante algún tiempo, acaben por abandonar un campo infecundo; pero cuando las doctrinas están en armonía con las de la nación (del público), cuando el escritor está seguro de que la palabra que encomienda al papel hará vibrar dentro de poco millones de corazones, entonces la convicción propia, segura de su eficacia sobre los demás, se expresa con más calor, y las mismas resistencias que pueden encontrarse al paso, sirven para aumentar su brío y energía».

Esta oportuna observación de nuestro filósofo y pensador debe avivar en todos los que aman y sienten la grandeza y el honor de la sociedad, un espíritu vigoroso, inquebrantable y fecundo en producciones de buen género; debe afirmarnos en la

verdad religiosa, robustecida con el apoyo de nuestros hechos personales, desenvuelta con caridad y defendida con firmeza. Así acabará por abrirse paso aun al través de las masas materializadas, dominará en las esferas más distinguidas y delicadas de la sociedad, y de allí irradiará luz y calor hacia el reverbero de la inteligencia y del espíritu popular.

FR. F. DE B.

¡SI YO FUERA DIOS!...

Por aquí debió comenzar el Rebelde para concluir con aquello de «Seré semejante al Altísimo», y convirtió el mismo cielo, mansión de paz, en campo de Agramante.

De seguro que Luzbel, llevado de su soberbia, puso reparo y halló deficiencias en las mismas obras divinas, y, para subsanarlas, creyó debía arrebatar el poder y la gloria al Omnipotente.

Este criterio satánico, de censura, al modo de proceder de Dios, es idéntico al de muchos cristianos del día, algunos pertenecen al gremio de los piadosos, indocumentados y ñoños; se lamentan de la tardanza de la sanción divina contra los prevaricadores. Para complacerlos, la cólera de Dios debería estar a su talante, ser juguete de sus pueriles venganzas. Ello es consecuencia de un ateísmo artero y solapado; pues ya que admitan la existencia de un Dios, no lo conciben sino tan menguado y mezquino como una simple criatura. Las exclamaciones que con enojosa frecuencia dirigen a El, más que de la impaciencia filial, amorosa del salmista cuando pronunció aquel «*¡Levántate! ¿por qué te duermes, Señor?*» participa del furor salvaje del sacerdote idólatra, que azota los monstruosos dioses para obligarles a que accedan a sus demandas. ¡Qué groseros nos manifestamos a veces con nuestro buen Dios!

Tales proporciones adquiere a veces la humana idiotez, que llega a proferir la tremenda blasfemia que sirve de epígrafe al presente escrito: ¡Si yo fuera Dios!...

Con motivo de tantas profanaciones y desacatos, muchos han creído era llegada la hora de manifestarse el poder omnipotente del Creador, tal como a ellos les parece, sembrando el estrago y pánico de modo horrendo, apocalíptico; de modo que, no resintiéndose de tales ultrajes, parece dar señales manifiestas de poquedad e impotencia.

Quisieran que tan pronto se realizara, más aún, apenas se intentara un acto sacrílego, el Señor aniquilara al culpable. No se advierte, como atinadamente observa el P. Galerani, que, obrando así, es la debilidad la que se apresura en sus asuntos: ella es la que siempre se precipita, porque teme no llegar a tiempo, o porque no puede soportar el peso de la tardanza. ¿No vemos cómo, en efecto, los más pronto para la venganza son los más débiles: la mujer y el niño? Y la razón de tan curioso fenómeno estriba en la debilidad del corazón, que no puede permanecer, ni siquiera por breves momentos, bajo el peso de la injuria. Hay debilidad de mente, que no ve cosa mejor que un desahogo repentino e inmediato; hay también debilidad de nervios, que cree no podrá más tarde lo que no realice ahora.

El poder, reverso de todo lo que antecede, la fuerza, la legítima nobleza, es pacífica, tranquila, tiene conciencia de sí misma, y por eso, completo dominio de sus actos. Así Dios, omnipotente, santo, no corre desalado a la venganza, ve que ésta se realizará a su tiempo, a su hora. ¿Convendría que Dios anticipara el momento de sus castigos por las provocaciones de los malvados? De ningún modo, por eso es Dios.

Creen algunos que volviendo Dios inmediatamente por su honor, castigando al pecador en el acto, le reconocerían los impíos.

Nada más errado; pudiera ser que en los justos, e incluso en los de una fe débil, hubiera una saludable impresión; pero los impíos continuarían como antes, no viendo en aquel fenómeno, que para los buenos es una manifestación de la indignación divina, más que un hecho puramente natural.

Esto es lo que ha ocurrido, por ejemplo, a algunos, o mejor aun a muchos, con casos verdaderamente extraordinarios últimamente acaecidos, que no ven en ellos sino mera coincidencia.

Para terminar, voy a copiar unas líneas del sabio jesuita antes citado, que por cierto no puede estar más acertado:

«En cuanto a mí, cuando oigo esta blasfemia: *Si Jesús está en el Sacramento, ¿por qué no se venga de esos ultrajes?*, corro con el pensamiento a aquella otra pronunciada en el Gólgota: *Si es Hijo de Dios ¿por qué no baja de la cruz?* En uno y otro caso yo veo a Jesús reducido a la condición de gusano más que de hombre; pero esto redobla en mí la fe, la compasión, la veneración; y entre los diversos pensamientos que despierta en mí la vista de un gusano, es el más sublime y amable: ¡Jesús reducido por mi amor a tan humilde condición!»

FR. JAVIER

EL PROBLEMA DEL CIELO

El problema de la santidad está formulado en el Evangelio en los siguientes términos: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». ¿Puede la criatura salvar la distancia que le separa del Creador? No. La relación establecida tendrá que ser de semejanza, de causa ejemplar y final, nunca de igualdad, porque la perfección relativa jamás podrá adecuarse con la absoluta.

La perfección del ideal del Evangelio no ha sido alcanzada sino por Nuestro Señor Jesucristo, y en cuanto puede alcanzarse por la Virgen Santísima, y muy relativamente por los santos. Santidad y perfección infinita en Cristo; perfección casi infinita en María. La humanidad no podrá nunca emendar la plana ni superar a Cristo, y, si lo pretende, está condenada al fracaso.

Se nos quiere hacer ver que el mundo ha evolucionado hacia una perfección superior a la del Evangelio, y que éste, que en su tiempo era el ideal de justicia, hoy ha sido deformado por la Iglesia, aliada del capitalismo y explotadora de la injusticia. Se nos quiere hacer ver que todas las religiones son iguales, poco más o menos, todas buenas, todas representantes de una moral más o menos perfecta, que por esto la posición del hombre de ciencia, del político y sociólogo es la neutralidad, el laicismo.

La moral independiente, la moral laica, no resiste al más ligero examen. ¿Por qué he de obrar el bien? ¿Por convencionalismo? ¿Quién me señala los límites del bien y del mal? ¿Quién premiará mi acción, si es buena, o la castigará si es mala, si no hay un Dios, legislador y sustentador del orden moral, como lo es del orden físico?

En esta espantosa confusión moral, en la que el inicuo y vicioso acusa al santo y lo condena, la regla para guiarse es la que nos da Cristo: «Por sus frutos los conoceréis». «El árbol malo da frutos malos, no puede darlos buenos». No se da virtud laica, ni santidad laica. Si el hombre por sus propias fuerzas pudiera guardar todos y cada uno de los preceptos de la moral, no sería necesaria la Redención, ni la gracia de Cristo, que de ella nos proviene.

Sólo la Iglesia es santa. Es una de sus notas. Es santa por sus doctrinas. No ha enseñado nunca un error, ni ha propuesto jamás una inmoralidad. Hace unos meses la Iglesia anglicana claudicaba, aprobando el neomalthusianismo y la limitación de la natalidad. Santa en sus doctrinas, santa en su moral, dicta a todas las naciones y a todas las conciencias qué es lo que deben de hacer en todas

las situaciones y momentos de la vida. No hay un problema moral, que ella no tenga resuelto.

En consecuencia, solamente en la Iglesia Católica se dan los santos. Las demás religiones son estériles e infecundas. Estériles e infecundas son las Iglesias protestantes separadas de ella, y a lo más dan fanáticos. En la Iglesia Católica se dan los santos, en todos los siglos, desde el I al XX, y se dan en todos los estados de la vida y en todas las latitudes. En el episcopado, en el presbiterado, en el diaconado, en los claustros con la legión de santos canonizados. En el matrimonio, como San Elzeario y Santa Delfina; en los tronos, como San Luis y San Fernando; entre los hombres de ciencia, como Contardo Ferrini; entre los mendigos, como San Benito José de Labre.

En la Iglesia Católica se dá la santidad y las gracias *gratis datas* que la acompañan. El milagro, la profecía, los dones del Espíritu Santo, lo cual no se da ni en las religiones falsas, ni en las iglesias protestantes. Se dará en ellas alguna que otra virtud y honradez natural: La santidad integral, con revelaciones, milagros, profecías, fenómenos sobrenaturales, nunca.

FR. S. DE U.

LOS RICOS EN LA CIUDAD DEL BIEN Y EN LA CIUDAD DEL MAL

En la ciudad del bien los ricos son la providencia visible de Dios sobre los pobres. Aquéllos no se consideran como dueños absolutos de la riqueza que poseen, sino como meros usufructuarios y administradores. Por esto no disponen de ella a su antojo, sino con su cuenta y razón. Y esta cuenta y razón es la honestidad y conveniencia.

Además, los ricos de la ciudad del bien se distinguen por su desinterés y desprendimiento. Poseen, como si no poseyesen; son verdaderamente pobres de espíritu, y no tienen apegado el corazón a los montones de oro que contemplan sus ojos.

El uso que hacen de sus bienes es espléndido. Nunca les duele gastar en obras de utilidad común.

Por esto las bendiciones llueven sobre la casa del rico, y no hay chico ni grande en la ciudad que no le ame como a padre, y no le tenga miedo dentro del corazón. Su nombre corre de boca en boca entre los niños, porque sus madres se lo han enseñado, y acostumbra después de comer rezar un Padre nuestro por la salud de su insigne bienhechor. Si mañana cayese enfermo, toda la ciudad se pondría en oración, y no habría quien no quisiese asistirle, y el día que muera será un día de luto general para la población; los suspiros y oraciones de los que él habrá socorrido le encumbrarán a lo más alto de los cielos.

Tal es el rico de la ciudad del bien, amado de Dios y de los hombres.

Y lo contrario es el rico de la ciudad del mal.

Duro, intratable, en cada pobre parece tener un enemigo, y en cada rico un rival. Apegado a sus riquezas, tiene metalizado el corazón; por esto jamás ha tenido entrañas de misericordia. Piensa que las riquezas que posee le pertenecen exclusivamente, y a nadie ha de dar cuenta del uso que haga de ellas, así las arroje al fondo de los mares o las disipe en banquetes u orgías.

Nunca se ve satisfecho, nunca pone límite a sus deseos, nada le basta. Allega y más allega; cuenta y recuenta sus tesoros, junta montones a montones, y nunca dice «basta». Por esto, aunque tiene mucho, en realidad es un miserable.

La ferrada puerta de su casa siempre está cerrada al que le va a pedir; su corazón nunca se abre a la miseria ajena; sólo para el juego y los vicios se le ha visto gastar, para combatir a la inocencia o corromper la justicia. Por esto es generalmente aborrecido, y si mañana prende el fuego en su palacio y las llamas suben en remolinos sobre la techumbre, no tengáis miedo que nadie se acerque con un cacharro de agua para apagar el incendio: le dejarán que se abra devorado por las llamas.

Tal es el rico de la ciudad del mal: egoísta, aborrecido de Dios y de los hombres.

LA ESCLAVA MODERNA

No piensa ni analiza lo que hace; no atiende a los consejos ni razona; se ajusta al figurín que le presentan, y fielmente lo copia.

¿Precisa que la falda se recorte? ¡pues mano a la tijera, y se recortal, aunque la honestidad agravio sufra, aunque el honor en entredicho ponga, sin que sienta teñirse sus mejillas del púdico color de la amapola.

Si enseña imperfecciones, que valiera más tapar, no le importa; hay que ser elegante, y para ello al figurín pristino se acomoda.

¿Que la estética dice que eso es feo? La estética no sabe esas cosas.
¿Que Santa Madre Iglesia lo prohíbe? Hay una solución: hacer la sorda.



¿Nos mandan más allá de las fronteras segar nuestros cabellos? Pues se inmolan, aunque fuera espléndidamente tributo del sexo que a la Patria le dió glorias, capaces de inundar con sus fulgores de grandeza inmortal la tierra toda.

¿Que es preciso afeitarse el occipucio? Pues realice el barbero la maniobra, aunque el arte condene el adefesio y el vulgo lo contemple con chacota.

Un poder superior a todos juntos y una inconsciencia superior a todas, lleva a la sociedad de coronilla y al mundo desencana y lo trastorna. ¿Que quién es el poder? ¿Quién la inconsciencia? Medita el acertijo, y si lo logras descifrar, como yo, guarda el secreto, porque su exacta solución, sonroja...

CELAJES

CONVERSION DE RIZAL

Rizal, el conocido jefe e inspirador de la tan conocida insurrección filipina, condenado a muerte por sus delitos contra la patria, antes de morir se convirtió escuchando las exhortaciones cariñosas de sus antiguos maestros los PP. Faura y Villaclara.

Firmó con varios testigos militares una retractación de sus errores religiosos en que dice: ME DECLARO CATOLICO; quiero vivir y muero como católico, me retracto de todo corazón de cuanto he dicho, escrito y hecho contra la Iglesia y Nuestro Señor Jesucristo. Abandono la Masonería, que es enemiga de la Iglesia. Puede el Diocesano publicar esta retractación, que hago espontáneamente, para reparar en lo posible el escándalo producido con mis escritos y por mis actos. Perdónenme los hombres todos por el daño que a muchos he causado.

MARTIRES DEL DESTIERRO BOLCHEVIQUE

Se ha sabido por noticias recibidas de Rusia el fallecimiento del sacerdote católico ruso Alejandro Alexeief, detenido en Kief en 1928 y deportado a Arkángel, donde vivió en medio de privaciones inauditas.

También se sabe que agoniza lentamente en Siberia el Obispo Malecki, de setenta y dos años, deportado a esta región en diciembre último con todo género de crueldades hasta el extremo de privarle de vestidos y abrigo.

Además están prisioneros en Paroslav trescientos sacerdotes católicos y en las islas Solovietky otros tantos sometidos a toda clase de privaciones cuando no de torturas.

SINCERA CONFESION

Comentando Gustavo Hervé en «La Victoria» la política antirreligiosa del Gobierno español, escribe este comentario contrito que merece ser divulgado:

«En lugar de Padres jesuitas para la educación e instrucción de sus colegiales, tendrán en adelante, en España, profesores francmasones y ateos.

En lugar de Hermanos de las Escuelas Cristianas, maestros colectivistas, comunistas y anarquistas.

Ya nos dirán los resultados de aquí a veinte años.

En verdad que los franceses hemos hecho una preciosa labor en Europa desde el siglo XVIII.

Literalmente, hemos emponzoñado de nuestro librepensamiento antirreligioso y anárquico todos los países latinos. Hemos exterminado en nuestro pueblo y en otros pueblos la única fe que en las grandes tristezas de la vida, y en la hora de la muerte, puede proporcionar sus poderosos consuelos a los que sufren y lloran. Nosotros hemos quebrantado

o demolido en Francia y en todo el mundo latino y tal vez en otros pueblos, todas las disciplinas morales y sociales, sin las cuales no hay civilización posible.

Podemos sentirnos orgullosos de nuestra obra.

Y todavía, ¡si habiéndonos engañado tan torpemente, conserváramos fuerza bastante para organizarnos a fin de operar entre nosotros una completa restauración moral que sirviera de saludable enseñanza a los pueblos más jóvenes que han descarrilado por nuestro ejemplo!

¡Sentida confesión de un espíritu que fué revolucionario y la terrible lección de la experiencia le vuelve hacia la verdad!

EL GOBIERNO COLOMBIANO Y LAS MISIONES CATOLICAS DE URABA

Frontino (América del Sur).—El Presidente de la República de Colombia, oído el parecer del prefecto apostólico de Urabá, ha dado un decreto sobre gobierno y protección de los indígenas no civilizados de esta Prefectura Apostólica. Dicho decreto, en su artículo 1.º, establece que los indios salvajes de la Prefectura Apostólica de Urabá, no civilizados aún, pero sí reducidos a las Misiones, no estarán sujetos a las leyes comunes de la República y serán gobernados en forma extraordinaria por los misioneros encargados de su reducción, de acuerdo con las facultades que, para el ejercicio de la autoridad civil, judicial y penal se les otorga por decreto.

Los superiores de las Misiones indígenas, de la Prefectura Apostólica de Urabá—Dice el artículo 2.º—«ejercerán las funciones de directores y protectores de indígenas, sobre todo los indios colombianos de dicha Prefectura y de los aldeanos, o sea de los residentes en el distrito de Frontino».

Sus atribuciones quedan fijadas en el artículo 3.º: atraer a los indígenas para formar centros de población; hacer las demarcaciones; designar de entre los mismos indígenas los capitanes y agentes de policía que deban regirlos; castigar sus faltas públicas, delitos y crímenes; cuidar de la puntual asistencia a las escuelas de los niños de ambos sexos; proteger a los indígenas contra los abusos de los civilizados que vayan a las reducciones, evitando, particularmente, que los no colombianos pernecten en ellas sin licencia expresa de los misioneros, etcétera, etc. En el mismo decreto se establece que los indígenas no podrán ser destinados a servicio alguno por ninguna clase de personas o autoridades, sin pagarles el correspondiente salario que antes estipulen, y tanto el intendente nacional de Chaco, como las demás autoridades administrativas y nacionales residentes en la Prefectura Apostólica, quedan obligados a prestar su concurso a los misioneros para que se cumplan y se respeten las decisiones que éstos prefieran en el ejercicio de las facultades conferidas a ellos en este decreto de la Presidencia de la República de Colombia.

Imp. EL HERALDO, Cartago